

**BEATRIZ
DAVILA GUZMAN**

EL CENACULO DEL MONASTERIO

Y finalmente me invitaron a la reunión. Aquella sería toda una odisea, y no crean que incurro en la exageración. Asistirían compañeras muy importantes y de añejo abolengo; todas forman parte de mi familia, pero no por eso dejo de reconocer su absurda pedantería. El sitio de encuentro sería un fausto y severo monasterio abandonado, semicubierto por las frondas oscuras, semicubierto por los fantasmagóricos cuervos, semicubierto por los ecos del clavicordio. Una ruina histórica en un paraje agradablemente tranquilo y solitario; indefectiblemente estaríamos rodeadas del mejor escenario. Sólo espero que no sea infructuoso nuestro afán. Y para mayores aclaraciones les diré mi nombre: "Literatura".

La hora esperada sonó en el reloj de la vetusta torre y sombras incongruentes se deslizaron por el sendero del bosque. La sala destinada para el cenáculo estaba tapizada y alfombrada en rojo carmín, los cortinajes eran de blanco terciopelo impoluto y las arañas, candelabros, y demás luces proyectaban ingentes siluetas inanimadas. En el centro había una mesa enorme y redonda, siete butacones salomónicos forrados de brocado en distintos tonos de rojo rodeábanla con cierta majestuosidad. El acto estaría presidido por una desconocida, una aspirante a formar parte de nuestro selecto círculo.

Primero llegó la Música con su cabellera dorada y rizada hasta la espalda, ataviada con gasas azules. Llevando su inseparable flauta ocupó su sitio mirando de un lado a otro; ¡toda su apariencia era tan delicada y suave!

La Pintura hizo su aparición de manera extravagante y salpicada de colorido, con sus largas trenzas castañas entrelazadas de margaritas. En la mano derecha empuñaba el pincel y la paleta.

Después arribó solemnemente la Escultura, de ojos que tienen el reflejo del bronce y marmórea frente, con el cincel y el martillo.

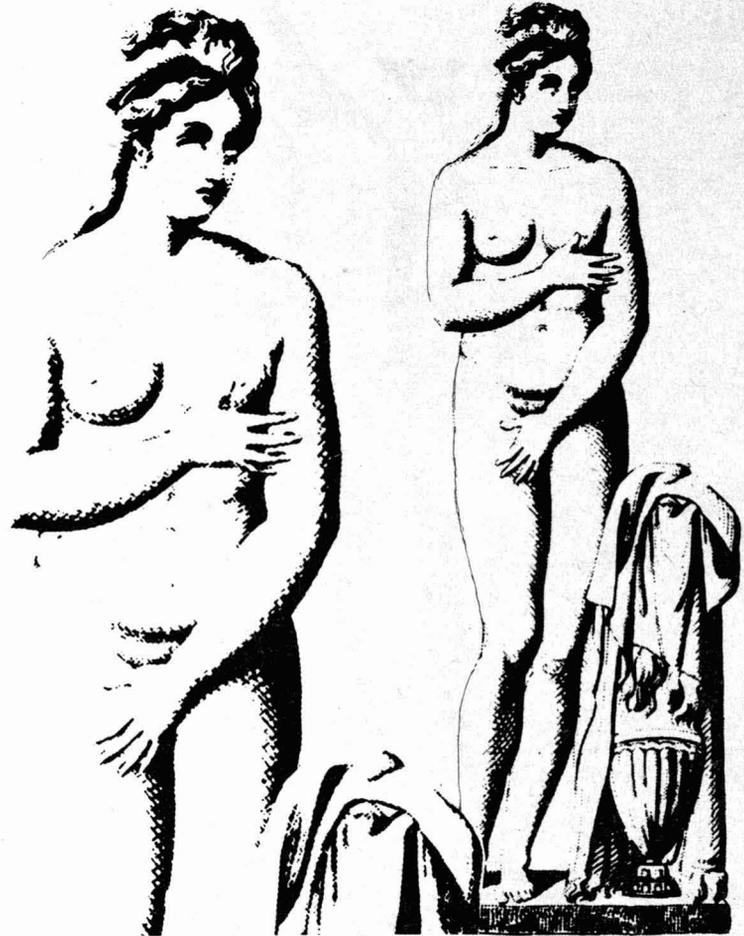
La Danza entró brincando de un lado a otro, moviendo su negra cabellera y extendiendo sus blancas manos como alas de airón, seguida de la Arquitectura, que recogió su túnica amarilla y blandió más tarde un compás y una escuadra.

Por lo visto estábamos completas, sólo faltaba una ilusa que pretendía alcanzar el honor de ser considerada una Bella Arte.

Yo fui la última y el espejo me devolvió una imagen mórbida y ondeante; mi traje es de blanco papel translúcido, mi cabello y mis ojos son grises como la bruma y sostengo en una mano la pluma y en la otra al mundo.

Apacible silencio, la deseada invitada tarda en llegar. Me han dicho que es hija de Mnemósine (diosa de la Memoria y madre de las musas) y ha permanecido en el anonimato. Nuestra curiosidad se acrecenta por momentos y al fin, un corno inglés, súbdito de la Música, anuncia a la recién llegada.

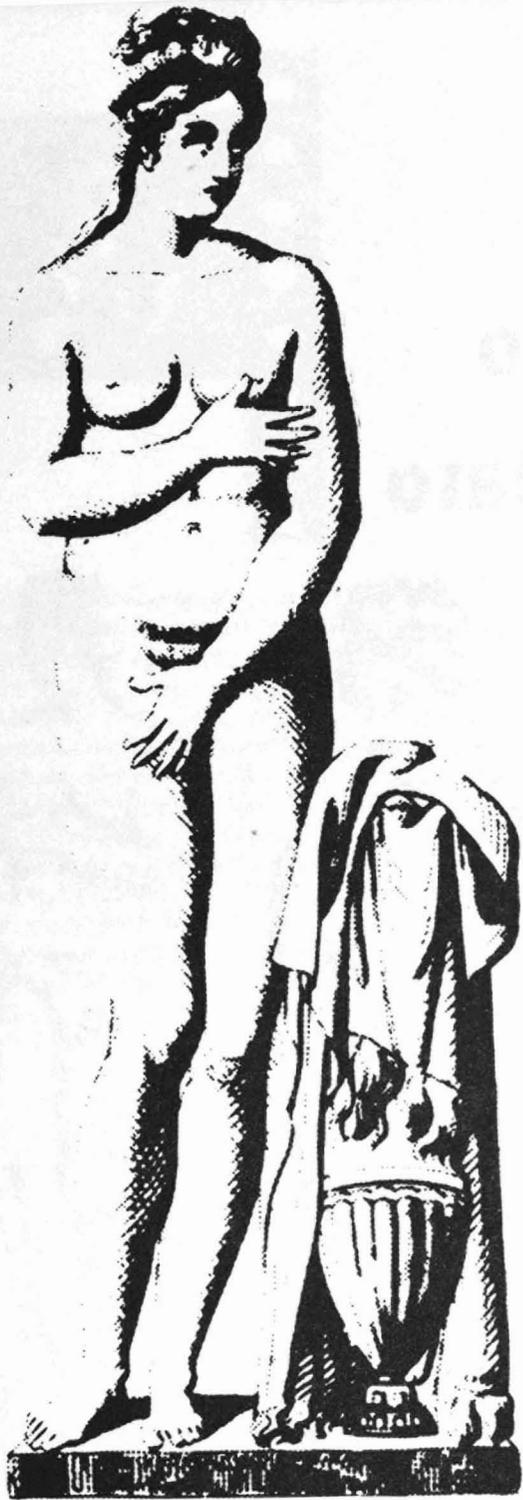
— La invitada especial es misteriosa... —cuchichea a mi oído la Arquitectura—, viene ataviada con un negro albornoz y cubre su cara totalmente.



— Lamento el retraso, señoras, pero el irreversible Tiempo, mi padre, no me permitía salir. Responderé a cada una de sus interrogaciones de la mejor manera, habrá unos minutos de receso y ustedes, por mayoría, decidirán si he de permanecer o desaparecer.

Su voz era melodiosa y envolvente, bien timbrada y elocuente. Nosotras no tenemos edad, así que tomó la palabra la Música, como podía haberlo hecho cualquiera otra. Solamente debíamos formular una pregunta, de manera que estábamos obligadas a pensarla escrupulosamente. Aquella de nosotras que fuera capaz de conocer su identidad sería nombrada representante única e insustituible.

Una vez la Verdad vino también con similares pretensiones, pero se retiró llorando porque se percató de que en nosotras hay mentira; no es culpa nuestra, somos como los hombres quieren que seamos y expresamos lo que ellos quieren decir.



— Sabemos que tu padre es el Tiempo y tu madre Mnemósine, eso es todo. Ahora yo deseo saber, ¿quién es tu hermano?

— El eco —respondió con un susurro.

La Pintura inquirió: ¿Qué posees para valorarte a ti misma como Arte?

— La trascendencia.

Tocó el turno a la Escultura: ¿Cuáles son tus instrumentos de trabajo?

— Tangibles, ninguno.

— ¿Cómo trabajas? —preguntó impaciente la Danza sin detenerse a pensar en que desperdiciaba su oportunidad.

— Me valgo precisamente de ustedes.

Aquella contestación nos dejó petrificadas. Hubo un largo silencio antes de que la Arquitectura se decidiera.

— Erès demasiado orgullosa para poder ser un Arte. Seguramente no pretenderás usurpar el lugar de nuestra madre Inspiración. . .

en fin, ¿qué esperas conseguir?

— Un lugar más importante.

Ahora era yo, y a mí, que me sobran las palabras, hoy se agolpaban sin poder salir.

— Haz tu pregunta, señora. Las demás no han logrado descubrir mi identidad. Tu padre Talento mucho te ha heredado.

— ¿Cuál es tu fin en la vida humana?

— El inventario de la existencia. Y les diré algo más; soy tan poderosa como mi padre y tan trágica como mi madre.

El sol se escondió tras las montañas una y otra vez antes de que tomáramos una resolución. Un buen día la aspirante nos instó de nuevo.

— He esperado y podría esperar mucho más, estoy acostumbrada a hacerlo, pero bien saben que ese lugar vacante debe ser ocupado y que es una responsabilidad que no pueden eludir.

Habrían pasado milenios si no es porque un joven, a refugiarse de la tormenta vino al monasterio. Estaba aislado de su civilización y empapado por completo. Encendió un buen fuego y se sentó frente a la chimenea. Nosotras nos escondimos y escuchamos su monólogo.

— ¿Te acuerdas la primera vez que nos abrazamos frente a una chimenea? ¿Y del primer aguacero, tus flores marchitas y mis medias enlodadas? . . . Verdaderamente recordar es vivir. . . casi siempre en la soledad —concluyó—, porque la mejor soledad es la que compartimos con nosotros mismos. Cuando te marchas de viaje me acompañan tus recuerdos y cuando nos separemos a causa de la distancia, el tiempo o la muerte será igual.

Transcurrido aquel incidente y nuevamente en el salón rojo, a petición de la concurrencia me puse de pie.

— Y en vista de eso, al darnos cuenta que ni Arquitectura, en cada rincón de la religiosa estructura del monasterio, ni Música, que él podía hacer brotar del clavicordio, ni Danza, que incansables las horas y las llamas ejecutan sin parar, ni Escultura, en las estatuas de piedra, el bronce del mobiliario o el mármol de los corredores, ni Pintura en los célebres cuadros de la galería artísticamente enmarcados y finalmente ni yo, en los maravillosos volúmenes de cuero de la biblioteca habían interesado a aquel hombre, hemos tenido que aceptar la evidencia, señora, ¡bienvenida seas!

Y si ustedes no han adivinado quién es ella, díganme quién es responsable de que en sus pensamientos reviva el ayer y conocerán la razón de nuestra irrevocable sentencia. Ese mismo día la hija de Mnemósine y el Tiempo vino al monasterio con nosotras. La humanidad no la toma en cuenta como Arte pero ella es dichosa porque vive al fin sin alboroz. Nosotras tampoco podríamos vivir sin ella y de esto hace más tiempo del que pudiéramos recordar. ¡Ah, estoy practicando ya ese Arte! Quizá lo hemos practicado mis compañeros y yo, desde siempre sin saberlo.